



EL ASALTO DE LA HISTORIA

[Reseña de las *Obras Completas*, Volumen V, de Máx Aub; Joan Oleza Simó (coord.), Valencia, Institució Alfons el Magnànim y Biblioteca Valenciana, 2010]

JOSÉ MARTÍNEZ RUBIO
UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

A cuentagotas desde el 2001, están saliendo desde la Biblioteca Valenciana y la Institució Alfons el Magnànim, bajo la estrecha coordinación del profesor Joan Oleza Simó, las *Obras Completas* de Max Aub, aquel valenciano que se reivindicaba a sí mismo como tal, después de haber nacido en Francia y tras verse exiliado en México durante gran parte de su vida. «Se es de donde se hace el bachillerato», se repite en cada presentación de Aub que se organiza en Valencia. No podía faltar. Su valencianía resulta, de momento, inagotable.

A pesar de que siempre se esperan con curiosidad y con entusiasmo (algunos críticos con malicia) los títulos más reconocibles, las *Obras Completas* de un autor prolijo siempre nos regalan la sorpresa de algún texto inédito o de alguna rareza; el volumen V de Max, que se nos viene ahora, queda escindido en dos tomos, uno de cal y otro de arena según fama y oportunidad: por un lado, el *Campo francés* (con estudio de José María Naharro-Calderón), perteneciente a la serie *El laberinto mágico*, seis

campos como seis eslabones concentracionarios de los que existieron en nuestro país y cuyo testimonio se ha ido perdiendo, ignominiosamente, entre la desidia de la memoria institucional y la fascinación por otro horror calcado, menos cercano, menos problemático y más catárquico, como es el nazi; por otro lado, un *Manual de Historia de la Literatura Española* (con estudio de Eva Soler Sasera), tan peregrino como riguroso, de esos que gusta observar como reliquia olvidada en la historia del hispanismo internacional, para ver cómo andaba el asunto académico-literario allá por los años 60 fuera de España, un centro que en términos de calidad intelectual no podía serlo.

Publicadas ambas obras entre 1965 y 1966, descubrimos dos facetas complementarias del escritor valenciano. Por un lado, la del intelectual comprometido que no debe callar la verdad, y que redacta en *Campo francés* como guion cinematográfico veinte años más tarde de haber tomado las notas primigenias en la travesía que lo llevaba desde Casablanca hasta Veracruz, en 1942, o lo que fue lo mismo, de la concentración al exilio. Por otro lado, la del intelectual crítico y académico que se afana sin mucho entusiasmo por organizar una posible historia literaria como fruto maduro de su labor de investigador e hispanista.

Testimonio en la ficción

No son tan abundantes en la literatura española los testimonios directos sobre el horror de las guerras europeas. Siempre se ha pensado que la nuestra era una memoria del conocimiento, preocupada, fundamentalmente desde la consolidación de la democracia a partir de los 90, por rescatar historias, tramas y personajes, antes que una memoria de representación del horror.

De hecho, como grandes referentes testimoniales basta con Jorge Semprún y con Max Aub, el uno desde Buchenwald (*La escritura o la vida*) y el otro desde Francia y Argel; curiosamente ambos desde un escenario foráneo

hacen, desde su experiencia y desde su escritura, un ejercicio de universalización del dolor y de lo humano. «Creo que no tengo derecho a callar lo que vi para escribir lo que imagino», dice Max. Y siguiendo con un diálogo intertextual nunca dado, Semprún replica: «¿cómo vamos a dar cuenta de todo esto?». La novela. La imaginación. La ficción. Ya se sabe.

El guion de *Campo francés* no evita la caída hacia lo emotivo y sentimental, más allá de la pretensión de crónica que se le exige al testimonio. Como género ficcionado, sus personajes sobreviven entre la confusión, la incredulidad y el desamparo de la tragedia, haciendo frente a la brutalidad y a la arbitrariedad de las autoridades (la misma arbitrariedad que sufrió Aub, por ejemplo, al ser denunciado como comunista, socialista él sin derecho a réplica). «No hay más razón de vivir que la de que nos echaron al mundo» es el lamento exacto de los presos, enjaulados en el paisaje colaboracionista francés (y no olvidemos la denuncia aubiana a su -también- patria, en *Morir por cerrar los ojos*, por la “no intervención” en la guerra civil).

Oficio de académico

Atravesado por la Historia más convulsa del siglo XX, flanqueado por las atrocidades de la Guerra Civil, recluso en campos de concentración como el francés o el argelino, angustiado por el olvido de las democracias occidentales hacia la democracia española, Max Aub no pudo dejar de interpretar la literatura sino como expresión ligada a los acontecimientos políticos y sociales de un pueblo, más que como mera pirueta estética de artistas elevados, legítima pero no prioritaria en un periodo de catástrofe histórica. Función social. Implicación extraliteraria. Marxismo crítico. Por eso rearma todo un *Manual de Historia de la Literatura Española* personalísimo, en opinión de Eva Soler, y acudiendo a (incluso en ocasiones abusando de) los académicos del Centro de Estudios Históricos como Américo Castro o Rafael Lapesa, discípulos de Menéndez Pidal, entre otros.

Cuadernos de Aleph, 2011. Reseñas

Más allá de la exposición de la propia historia literaria –obviamente superada después de 45 años de labor teórica-, su valor reside en la forma como da cuenta de un estado de la cuestión sobre los avances, logros y problemas de la investigación española en los años 60: apasionante oficio de filólogos que Aub escribió como encargo, como pesada labor profesional.